

## HIGA ROMANA DE SANTOMÉ

Amuleto de bronce representando una higa, con el consabido gesto del dedo pulgar de la mano derecha introducido entre el índice y el corazón, simbolizando la unión de ambos sexos. Seguramente formaría parte de un amuleto más complejo en el que se combinaría la higa y un falo. La unión de ambos signos apotropaicos refuerza el sentido de obligar a la mirada fascinadora a alejarse, ante la visión del gesto impúdico.

Su fabricación en bronce, en el mundo romano, ahonda en las virtudes filactéricas de los metales y en el carácter enigmático de la ciencia de los herreros, fabricantes de los amuletos. En épocas posteriores, su extensión a otros materiales como el azabache, redonda en el doble valor del amuleto, por la forma simbólica y por el material en que están realizados.

Los amuletos son objetos de carácter mágico a los que se les atribuye poderes protectores. Su función consistía en beneficiar a su protector librándolo de males que le pudiesen ocasionar las prácticas mágicas realizadas contra su persona, o los deseos nocivos de otros individuos contra su integridad. El uso de estos objetos responde a una actitud supersticiosa a la que el hombre acude para sentirse protegido ante los peligros de toda índole que marcan su existencia.

El empleo de amuletos se puede documentar a lo largo de toda la antigüedad. En el antiguo Egipto, los amuletos fueron muy utilizados, según nos relatan las fuentes textuales fundamentales de la literatura religiosa, como son los Textos de las Pirámides, los Textos de los Sarcófagos o el libro de los Muertos. En el mundo griego, conocemos un episodio en el que Teofastro hecha en cara a Pericles que tuviese la debilidad de colgarse del cuello un *periapton*, amuleto que le diera una mujer cualquiera. Platón menciona a menudo el uso de amuletos ante los procedimientos terapéuticos habituales. Su empleo crece en Roma; un escritor latino de la talla de Varrón hace referencia al uso de amuletos fálicos como objetos preservadores de todo mal, "... Los llevan los niños para prevenirse de maleficios...". Con el triunfo del cristianismo la superstición, y con ella los amuletos, subsisten bajo formas nuevas. Basta recordar lo que decía el II Congreso de Braga de 572 respecto de su empleo.

En lo que respecta a la higa, no conocemos testimonios de este amuleto en el mundo romano, sino está asociado a otros elementos apotropaicos,

mayoritariamente al falo. Esta asociación puede adoptar diferentes composiciones: Un cuerpo cilíndrico, generalmente curvado en forma de media luna, rematado en la parte derecha en un glante, y en la izquierda en una higa o en una mano impúdica. En otra variante, quizás la más representada, forma un cuerpo central del que nacen tres falos o dos falos y una higa, estando ésta siempre en el lado izquierdo. En otros casos, el cuerpo central está cubierto por una túnica con dos pliegues que se inician en la parte baja de la argolla, simulando una cabeza, que desciende en forma recta para descansar en el arranque de la higa o del falo; a este tipo se denomina *cun tunicamanicata*. Hay otras composiciones en las que entran otros elementos como la cabeza de un toro, *taurocéfalos*, que a menudo va por encima del cuerpo del que arranca el falo o higa, o formando parte directamente del cuerpo central. También algunas piezas presentan dos huecos circulares a modo de ojos, reforzando de este modo el carácter apotropaico del amuleto por la asociación de los ojos, de la higa y del falo, lo que le va a permitir luchar de forma más efectiva contra el mal de ojo.

Uno de los problemas que a menudo presenta este tipo de piezas es la falta de un contexto arqueológico definido, pues la mayoría de ellas proceden de excavaciones antiguas o de hallazgos casuales y, por lo tanto, carentes de una relación estratigráfica que permita una datación. No es el caso de la higa del Conjunto Arqueológico-Natural de Santomé, aparecida en la campaña de 1987 sobre la calle empedrada que da acceso y comunica el poblado de la parte inferior con el castro, en un contexto de la segunda mitad del siglo I d. C., asociada a la cerámica de paredes finas, *terra sigillata sudgálica* y diferentes tipos de lucernas.

De este yacimiento ourensano proceden también otros testimonios de manifestaciones de la vida cotidiana, como es el caso del instrumental de uso médico-quirúrgico, pieza del mes de mayo pasado, de la vida religiosa y de las creencias de sus habitantes, como se constata en la presencia de un ara dedicada a Tutela, divinidad protectora de los lugares y de las personas. El uso de amuletos muestra que cuando ni la religión ni la medicina tradicional aportaban soluciones a sus necesidades, recorrían a otros procedimientos relacionados con la magia y la superstición.

Estos amuletos son los más usados para combatir la fascinación. Cualquier ciudadano, con independencia de su “*status*” o condición social podía ser afectado por el mal de ojo. Este mal (*oculus malignus*, *inuidus*, *fascinatio*),

era y aun es, la forma de denominar el daño producido por la mirada de algunos seres. Hay personas, también animales y cosas, que tienen poderes que causan influencias nocivas sobre todo aquello que los rodea. Una característica de la fascinación, a diferencia de otro tipo de magia o superstición, es que no requiere ningún tipo de formulario al efecto, basta el simple deseo, que se manifiesta a través de la mirada. Así mismo, quien está en posesión de este poder, no tiene forzosamente por qué saberlo, y por lo tanto no es consciente de causar el mal.

Se creía que la envidia podía atraer desgracias sobre la persona que la suscitaba, del mismo modo también se daba como cierto que una excesiva felicidad llevaba consigo la envidia de los dioses, por lo que era preciso no dejar entrever demasiada ventura a lo largo de la vida para no ser castigados por los dioses, en un acto de justicia distributiva.

Se pensaba que la capacidad para desencadenar el mal de ojo era potestativa de determinados seres, como los míticos, y las propias personas. Familias completas nacían con esta aptitud, que se transmitía por herencia. También existía la creencia de que determinados insectos, como la *mantis religiosa*, podían causar este mal tanto a los hombres como a otros animales.

Según los diferentes autores, el procedimiento para causar el mal de ojo podía ser mediante la emisión de unos malignos rayos visuales, o por contagio del aire que rodea a las personas que provocan el mal de ojo.

Todas las medidas que se pudieron imaginar para librarse del mal de ojo, se inspiraron en la misma idea: obligar a la mirada fascinadora a desviarse, para lo que se tomaban determinadas precauciones, que van desde gestos a la utilización de objetos. Se piensa que determinados signos de engaño neutralizan los efectos de este mal. Esto explica que el nombre *fascinum* que designa la fascinación, puede ser empleado también en el sentido contrario, para designar el remedio.

Un rito usual de protección contra el mal de ojo en la antigüedad consistía en escupir simbólicamente contra los espíritus malignos, pero el método más común de defenderse contra este mal fue el uso de amuletos, costumbre que continuó a lo largo del tiempo hasta prácticamente el siglo XIX. Hoy se convirtieron en objetos decorativos sin contenido profiláctico.